

Alicia Salmerón / Elisa Speckman

Alicia Salmerón es profesora-investigadora del Instituto Mora, adscrita al área de Historia Política. Entre sus publicaciones destaca, en coordinación con Erika Pani, *Conceptuar lo que se ve. François-Xavier Guerra historiador: Homenaje*, Instituto Mora, México, 2004.

Elisa Speckman es investigadora del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. Autora del libro *Crimen y castigo. La criminalidad durante el porfiriato*, UNAM/COLMEX, México, 2000.

Resumen

Esta entrevista reúne una serie de recuerdos y reflexiones de la historiadora Clara Lida. En ella nos relata los caminos que la trajeron a México y los que la han acercado a sus temas de estudio; hace un repaso de las orientaciones que ha seguido la historia social en nuestro país y se entusias-

ma hablando de los proyectos emprendidos por las jóvenes generaciones interesadas en conocer más del mundo urbano y del trabajo en México. Finalmente reflexiona sobre su propia manera de investigar, sobre su oficio de historiadora, así como sobre los libros con los que se formó.

Palabras clave:

Clara Lida, historia social, anarquismo, movimiento obrero, movimiento social urbano, migración, relaciones México-España, oficio de historiador.

Fecha de recepción:
agosto de 2005

Fecha de aceptación:
diciembre de 2005

A Conversation with Professor Clara Lida

Alicia Salmerón

Elisa Speckman

Alicia Salmerón, researcher at the Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, where she is attached to the department of Political History. Coordinator, with Erika Pani, of *Conceptuar lo que se ve. François-Xavier Guerra historiador. Homenaje*, Instituto Mora, México, 2004.

Elisa Speckman, researcher at the UNAM Institute for Historical Research. Author of *Crimen y Castigo. La criminalidad durante el porfiriato*, UNAM/El Colegio de México, México, 2000.

Abstract

This interview contains a series of memories and reflections on historian Clara Lida. In it, she tells of the events that brought her to Mexico and those that brought her closer to the issues she has studied. She reviews the orientations of social history in Mexico and talks enthusiastically

about the projects undertaken by the younger generations interested in finding out more about the urban world and labor in Mexico; at the end, she reflects on her own way of researching, her job as a historian, and the books through which she received her training.

Key words:

Clara Lida, social history, anarchy, workers' movement, urban social movement, migration, Mexico-Spain relations, the historian's trade.

Final submission: August 2005

Acceptance: December 2005

Una conversación con la profesora Clara Lida*

Alicia Salmerón

Elisa Speckman

La doctora Clara Lida es una destacada profesora del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México; por varios años, fue directora de la revista *Historia Mexicana*. Con una sólida formación en Estados Unidos y en México, y con una amplia experiencia docente en ambas naciones, su labor como profesora ha estado unida a una constante e inteligente labor como investigadora. Interesada en la historia social española, es autora de obras como *Anarquismo y revolución en la España del siglo XIX*, *Antecedentes y desarrollo del movimiento obrero español* y *La Mano Negra*. En México ha sido una gran promotora del estudio de movimientos sociales, protestas populares, asociaciones e

ideologías de obreros y campesinos. Asimismo, ella se ha dedicado a la investigación de la presencia española en América y específicamente en México. Resultado de este esfuerzo son sus obras *Inmigración y exilio*, *La Casa de España en México* y *El Colegio de México*. En esta línea ha fomentado el trabajo de alumnos y colegas, y bajo su coordinación han aparecido volúmenes como *Tres aspectos de la presencia española en México*, *Una inmigración privilegiada*, *España y el imperio de Maximiliano* y *México y España durante el primer franquismo*.

En una magnífica entrevista aparecida hace poco en Historia Social, cuenta usted cómo su relación con México es una historia de muchos encuentros, hasta que en 1988 vino a instalarse aquí de una manera más definitiva. ¿Podría hablarnos más de sus primeros contactos con este país y de cómo se fue acercando al mundo académico mexicano?

* Esta entrevista forma parte de un proyecto de conversaciones con destacados historiadores que, con obra propia ya desde la década de los setenta, representan hoy en día líneas y formas de hacer historia que han marcado a varias generaciones de estudiosos del pasado mexicano. El conjunto de estas entrevistas busca, en principio, recuperar vivencias personales y reflexiones historiográficas que nos acerquen en lo particular a cada uno de los maestros que han aceptado nuestra invitación; pero aspira también a presentar un panorama de sensibilidades, experiencias y preocupaciones propias de un conjunto de historiadores comprometidos a fondo con las tareas docentes en nuestro país. Nuestra conversación con la doctora Clara Lida tuvo lugar en la ciudad de México, en febrero de 2003.

He tenido contacto con México en etapas diferentes de mi vida. Aunque nací en Buenos Aires, llegué aquí de pequeña —a los cinco años y medio—, pues al comenzar el primer peronismo, mi padre tuvo que salir del país por razones políticas. Mi padre era filólogo y lo invitaron a venir a una institución recién fundada: El Colegio de México. El presidente era Alfonso Re-

yes, quien había sido embajador en la Argentina y, como él mismo había hecho estudios de filología, conocía al grupo de argentinos que se dedicaba a esta disciplina. Invitó a mi padre a fundar un centro de estudios filológicos y una revista, la *Nueva Revista de Filología Hispánica*. Llegamos en 1947. En México empecé la primaria y prácticamente la terminé, pues sólo me faltó parte del último año.

Después mi padre fue invitado a la Universidad de Harvard y nos fuimos a vivir a Cambridge, en donde volví a cursar el sexto año de primaria y además aprendí algo más de inglés... Pero al cabo de un año en Estados Unidos, mi madre, mi hermano y yo regresamos a la Argentina. Fue muy formativo volver a mis doce años y entrar en contacto con una cultura que me era sencillamente desconocida, pues había salido del país siendo muy pequeña. Me resultó importante el acercamiento al mundo cultural argentino de los años cincuenta..., aunque esto duró poco. A los cinco años de haber regresado, me fui nuevamente a los Estados Unidos. En la Argentina ya había iniciado estudios de medicina, pero luego me fui orientando más bien hacia las ciencias sociales y las humanidades, en especial hacia la literatura y, de una manera más bien paulatina, también hacia la historia. Seguí, por etapas, estas inclinaciones cuando estudié en Boston, en la Universidad de Brandeis. Pero al terminar el *college* tuve la oportunidad de volver a México, a estudiar la maestría en Historia en El Colegio de México, en un programa que acababa de abrirse.

La idea de volver a México me parecía sumamente atractiva, y fue así que vine en 1963. Aquellos años en El Colegio representaron para mí un momento de gran desarrollo intelectual. Ésta era una peque-

ña institución muy vibrante y expuesta a diversas corrientes de pensamiento, tanto de México como del extranjero. El Colegio recibía profesores visitantes europeos, norteamericanos, sudamericanos e, incluso, asiáticos y africanos, pues entonces se estaba abriendo el programa de estudios de Asia y África, con el apoyo de la UNESCO. Mi paso por El Colegio de México fue muy formativo, enriquecedor... Pero al terminar la maestría veía como algo natural continuar mis estudios, aunque en El Colegio no había doctorado. Con el apoyo de Silvio Zavala, presidente del Colegio, obtuve una beca de la Fundación Rockefeller e ingresé a la Universidad de Princeton. Ahí cursé un doctorado sobre temas vinculados con la historia de España—su cultura, su literatura—y de Europa, y como tesis realicé una investigación sobre los movimientos sociales y revolucionarios que desembocaron en el anarquismo español durante la Primera Internacional. Al concluir esa etapa enseñé durante cuatro años en la Universidad de Wesleyan, en Connecticut, y luego en Stony Brook, en la Universidad de Nueva York. Pero durante todo ese tiempo mantuve vínculos afectivos con México y con las personas que formaban parte de mi entorno académico o sentimental. Ese vínculo no se rompió con la distancia. Además, tuve estudiantes mexicanos—participé como sindical en exámenes de alumnos como Carmen Ramos, Andrés Lira...—, y en aquellos años realicé algunas visitas a México.

Creo que mi primer contacto con México, ya como profesional, fue en 1977, cuando Josefina Vázquez me invitó a participar en una reunión de historiadores mexicano-norteamericanos que se realizó en Pátzcuaro. Me invitó a una mesa, de orientación metodológica, cuyo título era

“Temas en busca de historiador”. La idea me pareció graciosa y muy atractiva. ¿Qué podía proponer yo, como historiadora de Europa, a los historiadores mexicanistas? En mi trabajo de investigación había encontrado documentación que acercaba al internacionalismo europeo con ciertos aspectos del desarrollo obrero y campesino en México hacia la década de 1880, y expresé el interés por explorar esa veta. Parece que la ponencia gustó, aunque de momento, ahí terminó aquel contacto.

Dos años después, nuevamente Josefina Vázquez me invitó a volver, ahora como profesora visitante de El Colegio de México, para impartir un curso de un semestre sobre historia de España. La idea me fue atractísima y no dudé en decir que sí. Me conmovió la posibilidad de regresar como maestra a la institución de la cual había egresado. Ése fue el inicio de una relación ya más amplia con el mundo académico mexicano. Además de organizar el curso sobre el contexto español, tuve que proponer un programa de investigación orientado al ámbito mexicano, de lo contrario los ensayos de los estudiantes se hubieran tenido que basar exclusivamente en fuentes secundarias y hubieran acabado sintetizando y repitiendo lo que se había estudiado ya. Se me ocurrió que podría encontrar, como lo había hecho en Pátzcuaro, un tema que vinculara lo mexicano con lo español. Entonces me pareció interesante indagar sobre la presencia de España en México, sus influencias y relaciones, y hacerlo en un momento acotado y más o menos comparable históricamente. Elegí el periodo del último cuarto del siglo XIX y la primera década del siglo XX —la época de la restauración española y del porfiriato mexicano—, pues además de que presentaba elementos comunes a ambos

países, en esas décadas se había incrementado la inmigración española hacia América, y México fue uno de los países de destino, aunque numéricamente la inmigración aquí fue muy pequeña. Los estudiantes se entusiasmaron e hicieron aportaciones muy interesantes, cada uno en su estilo, cada uno en su tema. Entonces decidí, recordando la experiencia de mis años de estudiante en El Colegio de México, proponer que los trabajos se publicaran. Tres de mis alumnos tomaron el reto y rehicieron sus ensayos. Al verano siguiente regresé a México para reunirme con ellos y darle forma al libro, que apareció con el título de *Tres aspectos de la presencia española en México*.

Fue entonces cuando me invitaron a quedarme ya como profesora de tiempo completo en El Colegio de México. La decisión no era fácil y exigía una respuesta meditada. Con breves interrupciones, yo había vivido en Estados Unidos desde 1959 —cuando ingresé al *college*—, de modo que había pasado más de 20 años de mi vida académica allá; además, tenía un puesto universitario de alto nivel, con un buen sueldo, bibliotecas cómodas..., en fin, con todo lo que puede ofrecer el mundo académico norteamericano. Pero, desde luego, lo material no era lo principal para mí. Me resultaba fundamentalmente atractiva la oportunidad de volver a insertarme en América Latina, en un país como México, que yo conocía y quería... Igualmente importante me resultaba la posibilidad de trabajar en una institución de la cual había egresado y que recordaba con cariño, por la cual tenía una gratitud académica e intelectual indudable. Tengo que decir que también me atraía el sistema de El Colegio de México, que permite combinar de forma continua la investigación

con la docencia. Respondí que sí, pero debía probar cómo me sentía en el ámbito laboral mexicano antes de retirarme completamente de la Universidad de Nueva York. Pedí entonces que se me autorizara a pasar un semestre académico en Estados Unidos y otro en México. Así lo hice durante los siguientes seis o siete años. La balanza terminó por inclinarse hacia acá, y desde 1988 estoy permanentemente en El Colegio de México.

Dice usted que su paso por El Colegio de México como estudiante fue muy enriquecedor, ¿podría contarnos un poco más sobre esa experiencia, sobre esos años?

En 1963, a mi llegada de los Estados Unidos, yo venía con un buen bagaje de conocimientos en ciencias sociales y humanidades; la universidad norteamericana me había dado rigor académico, pues exigía a sus alumnos concentración, dedicación, cuantiosas lecturas, incursión en la investigación y ejercicio en la escritura monográfica, todo esto es parte de lo que allá se llama una formación en *liberal arts*, en las “artes liberales”. Pero en El Colegio de México ese capital intelectual se fue ampliando y, al mismo tiempo, especializando en áreas que yo no había trabajado; en particular, en todo lo relacionado con el mundo hispánico, tanto peninsular como latinoamericano. En Estados Unidos yo extrañaba este tipo de aproximación y más de una vez orienté mis trabajos de curso al universo hispánico, pero sin lograr conocerlo plenamente. Por ello, al llegar a México, fue un gozo poder empezar a estudiar más sistemáticamente la historia latinoamericana y a vivir cotidianamente su problemática política y social; ello de alguna manera ratificó mis raíces, pues consciente

o inconscientemente, el mundo anglosajón me resultaba más distante.

En El Colegio tuve la fortuna de contar con profesores como Luis Villoro y Silvio Zavala, por no mencionar muchos otros... Don Silvio era el presidente de la institución y también la figura central del Centro de Estudios Históricos. Era un gran colonialista y un gran maestro, en el sentido más amplio de la palabra: él nos adentró en el oficio del historiador y nos enseñó a apreciar el trabajo en archivos, algo que, por ejemplo, yo nunca había hecho, pues si bien había leído mucho, nunca había consultado documentos de manera directa. Durante los dos semestres de su curso trabajé con fuentes primarias y experimenté el gozo de acercarme a los archivos; a la vez, y creo que sin darme cuenta, aprendí a vincular lo empírico con lo teórico, a relacionar los conocimientos que se adquieren a partir de lecturas metodológicas y de otras más generales, con la exploración directa de los documentos históricos. También tuve como profesores y traté a José Gaos y a José Miranda, exiliados españoles. En mis años como estudiante de El Colegio me fue importante el acercamiento a los intelectuales del exilio español, muy vinculados con el mundo universitario mexicano y, particularmente, con El Colegio de México. Aunque tenía todavía dudas —y me atraía la historia de Al-Andalus e, incluso, empecé a estudiar árabe—, desde el *college* había comenzado también a dirigir mis intereses académicos hacia la historia del siglo XX, específicamente hacia la de la guerra civil española. Ese tema era como un imán para mí, pero nunca lo había atendido plenamente. Los diálogos y el contacto con estas mujeres y hombres del exilio me acercaron definitivamente a lo peninsular y, al terminar

mis estudios de maestría, tenía claro que quería trabajar temas vinculados con la guerra civil española.

En general, los profesores que tuvimos en El Colegio de otros países, así como los cursos sobre diferentes áreas geográficas, nos introdujeron en novedosas teorías y metodologías. Por ejemplo, tuvimos un curso que me fascinó especialmente: un curso de historia social de Rusia, dictado por René Girault, especialista francés en el tema. Este profesor nos acercó a una literatura político-social y a los estudios culturales que estaban desarrollándose en ese momento en París, bajo la presencia dominante de la *École des Annales*. Para mí esto implicó un gran salto: pasé de una formación teórica y metodológica anglosajona y muy monográfica y enfocada, al conocimiento de una historiografía que reunía diferentes visiones y perspectivas bajo la pretensión de una “historia total”.

Otra cosa que se hacía entonces en El Colegio de México, y que me parece algo muy inteligente, es que, para recibarnos en la maestría, debíamos preparar un estudio monográfico breve que se pudiera convertir en un artículo para publicar en *Historia Mexicana*, la revista del Centro de Estudios Históricos. Ése era el requisito para obtener el grado. De tal manera, que tuvimos que aprender a diseñar y realizar una investigación original de calidad en pocas páginas. Eso también fue muy importante para mi formación, pues jamás se me había planteado que podría investigar para publicar... Para nosotros, siendo tan jóvenes, fue gozoso vernos de repente en letras de molde, pues, además, teníamos la satisfacción de sentir que lo habíamos hecho bien y que contábamos con el visto bueno de nuestro maestro, don Silvio Zavala, para publicar en una revista

importante. Pienso que para un joven alumno de maestría, este camino resulta mucho más estimulante que hacer una tesis extensa, pues le permite adentrarse en el oficio, aprender a hacer historia de una manera profesional y dirigida, lo cual no siempre se logra en un proyecto más amplio.

Para terminar con mi experiencia como estudiante en El Colegio, quiero decir que aprendí mucho de mis profesores, pero también de mis compañeros. Tuve la suerte de formar parte de un grupo pequeño, muy integrado, amigo y entusiasta; intercambiábamos lecturas, discutíamos, aprendíamos unos de otros... Todos mis compañeros me dejaron algo y de todos guardo el recuerdo de una amistad duradera... No puedo mencionarlos a todos, pero entre los que continuaron con sus estudios históricos recuerdo especialmente a Gervasio García, de Puerto Rico, quien además de su extraordinaria calidad humana, nos introdujo en la problemática histórica y política de su país y del Caribe. También fue amigo muy cercano José Antonio Matesanz, veracruzano de la Huasteca, lector voraz de literatura, como yo. Él enriquecía nuestros diálogos con su visión de México desde otra región del país, y desde la perspectiva de quien conocía bien el campo mexicano y el mundo de la inmigración española, ya que era un verdadero “criollo”. Alejandra Moreno Toscano y Enrique Florescano eran los más “mexicanistas” de aquel grupo, ambos orientados a la historia colonial; con ellos me reencontré más tarde en Europa, mientras hacía la investigación para mi tesis. En París pasamos juntos largas horas, hablando y compartiendo nuestro entusiasmo por la historia... Aquel grupo, fue muy especial y me dejó un imborrable legado,

a la vez sentimental e intelectual; si bien la vida nos ha llevado a todos por caminos muy distintos, cuando nos encontramos lo hacemos con una enorme y grata sensación de compañerismo y afecto.

¿Cómo fue para usted, una mujer historiadora en aquellos años, el abrirse paso en un mundo académico constituido casi exclusivamente por hombres?

En los años en que cursé el *college*, el mundo académico norteamericano era particularmente masculino, pero la Brandeis University era una institución mixta, muy integrada, liberal, progresista... Aunque ahora que lo pienso, entonces no tuve ninguna profesora mujer, o si acaso una o dos —había algunas mujeres que enseñaban en la universidad, pero sobre todo en el campo de las humanidades, las letras—; no recuerdo haber tenido ningún problema como estudiante mujer. En El Colegio de México también éramos un grupo mixto de estudiantes y ahí tuvimos como docentes mujeres y hombres... En cambio, el ingreso al doctorado en Princeton fue un contraste tremendo y ahí surgió en mí la conciencia de género con una fuerza increíble.

En aquellos años, en Estados Unidos había universidades para hombres, universidades para mujeres y universidades mixtas. Todavía hoy en día hay algunas a las que sólo van mujeres; pero, en principio, si ahora un hombre quisiera estudiar ahí no podría ser rechazado. En 1965, Princeton era una universidad sólo para hombres y yo lo sabía, pero cuando solicité ingresar no pensé en ello. Ahí trabajaba Vicente Llorens, un estudioso español que había sido colega de Silvio Zavala en los años de la preguerra y con quien él insistía

en que yo debía trabajar. Así que envié mi solicitud y, al mismo tiempo, pedí información sobre las posibilidades de alojamiento en el campus. La respuesta de la universidad me sorprendió: primero, se me pidió que justificara por qué quería estudiar específicamente en esa institución y luego se me advirtió que en el campus de Princeton no había alojamiento para mujeres. Entonces recordé que aquella era una universidad de varones; pero a mis veintipocos años no le di mucha importancia, ni lo pensé un obstáculo, de modo que continué con los trámites. Justifiqué mi interés por estudiar con Llorens y fui aceptada. Cuando llegué a Princeton caí en la realidad: en toda la universidad sólo éramos seis estudiantes mujeres y no había una sola profesora; todos los docentes eran hombres, así como la abrumadora mayoría de los estudiantes. La razón por la que esas pocas mujeres habíamos podido llegar ahí era también algo especial. Dos años antes, un profesor de física, un Premio Nobel chino, había recomendado a alguien para ingresar al doctorado en Física. Al recibir la Universidad la solicitud de esta persona, también de origen chino, no se dieron cuenta de que se trataba de una mujer. Los formularios para ingresar a Princeton no pedían fotografías de los aspirantes, como parte de una política en contra de la discriminación racial; tampoco se preguntaba cuál era su sexo, porque se suponía que era una universidad exclusivamente para hombres. Y como el nombre en chino no les decía nada y esta persona venía con una recomendación tan excepcional, fue aceptada. Que llegara una mujer fue una sorpresa para Princeton, pero rechazarla cuando ya había sido admitida e, incluso, se le había ofrecido una beca, hubiera traído problemas muy se-

rios, incluso de orden legal. La Universidad se vio entonces obligada a reformar sus estatutos para aceptar mujeres, aunque decidió hacerlo sólo para el nivel de posgrado y en circunstancias especiales. Por eso es que, cuando solicité mi ingreso, se me pidió una justificación.

En Princeton me enfrenté a un mundo de sexismo radical, brutal, y fue una sorpresa muy desagradable. En el campus había zonas restringidas, a las cuales una mujer sola no tenía autorización para entrar, aunque fuera estudiante. Una de éstas eran las residencias y el comedor de estudiantes graduados (*Graduate Commons*). No podía entrar ahí ni a comer, con excepción de los viernes por la noche, sólo si era invitada por un *Princeton Gentleman*; además, debía hacerlo cubriéndome con toga... Ya sabía que ahí tampoco podría tener alojamiento, pero siendo mujer fue muy difícil encontrarlo incluso en la ciudad. Princeton es una zona rica, en la que viven muchos hombres de negocios y millonarios, además de miembros de la comunidad universitaria. Incluso gente que trabaja en Nueva York vive en Princeton, porque es muy chic, tiene buenas escuelas y es una comunidad muy protegida. Pero en una ciudad como esa, una muchacha sola no podía conseguir un departamento en alquiler. Y no sólo porque la ciudad resultaba muy cara para una estudiante, sino porque se creía que sus intenciones no podían ser “decentes”... Cuando traté de conseguir departamento, recibí respuestas de los propietarios que eran verdaderamente ofensivas. Finalmente, me tuve que quedar en una especie de hotel, alquilando una habitación mes por mes.

En ese contexto decidí que mi estancia en Princeton sería lo más corta posible.

Es verdad que la universidad era muy bonita, con una biblioteca fenomenal, excelentes profesores y compañeros muy cálidos..., pero yo me sentía un bicho extraño ahí y eso tampoco era atractivo. Y como los programas de la universidad permitían cubrir los créditos en un tiempo relativamente breve y presentar de inmediato los exámenes calificadoros, decidí hacerlo de ese modo. No me pregunten cómo lo logré, pero en un año cumplí con todos los requisitos de cursos y pasar los exámenes preliminares hacia la maestría y luego los calificadoros para el doctorado. Lo que yo quería era salir de Princeton y comenzar a preparar la tesis en otro lugar.

Debo agregar que mi origen latinoamericano fue otro elemento en mi contra: no solamente era mujer, sino que también era hispánica. Y no WASP (*White Anglo-Saxon Protestant*). Esto me obligó, por ejemplo, a prepararme en el dominio de más idiomas que el común de los estudiantes norteamericanos. Mi programa de posgrado me exigía pasar exámenes de lenguas clásicas y modernas, pero a mí no se me autorizó presentar el español como lengua extranjera, pues, se me dijo, eso me daría una ventaja sobre los demás compañeros. El alemán era requisito, pero por dedicarme a temas hispánicos, también lo era el latín; por suerte yo ya sabía francés, italiano y portugués y pude cumplir con todo... Ahora que lo estoy contando me río, pero reconozco que no fue fácil... Me río de pensar que entonces no tenía conciencia de que lo que estaba haciendo era muy raro... Creo que tampoco tenía una conciencia muy clara de que tomar tantos cursos y pasar tantos exámenes en poco tiempo representaba un esfuerzo extra, pero seguramente que lo era... Luego me di cuenta que esos eran esfuerzos que

mis compañeros varones y WASP no tuvieron que hacer, pues estaban “en su casa”... En fin, como mujer y como latinoamericana tuve que moverme en un mundo masculino y anglosajón y trabajar muy duro.

Aprobé todos mis exámenes y además lo hice muy bien. Pero el sexismo de Princeton se hizo presente hasta en el reconocimiento que recibí por mi desempeño. Al terminar ese año recibí una carta del presidente de la universidad dirigida a *Mister* Clara Lida, en la cual se me comunicaba mi nombramiento como *Princeton Fellow*. Ésta era una distinción muy importante y yo era la primera y única mujer a quien se le había otorgado (lo cual también concitó la antipatía de algún compañero varón). Pero no sólo estaba dirigida a un *Mister*, sino que la carta terminaba felicitándome en mi calidad de *Princeton Gentleman*. La carta era verdaderamente chocante: reconocía mis méritos pero ignoraba totalmente mi identidad... Respondí con una carta un poco sarcástica, aceptando el nombramiento de *Princeton Fellow*, que me honraba, pero aclarando que no era un *Princeton Gentleman*, sino una *Princeton Gentlewoman*. Es cierto que a continuación el propio presidente me envió una nota disculpándose, pero aquello acendró más mi conciencia de que yo no debía permanecer más tiempo en Princeton. Fui entonces a vivir a Nueva York y nunca más volví a radicar en Princeton ni por un solo día. Pocos años después se me invitó como profesora, pero decliné el ofrecimiento.

La experiencia “princetoniana” me sirvió mucho, porque más tarde, al acabar la tesis, trabajé en la Universidad de Wesleyan, que era una institución también de varones. Acepté, porque la universidad era muy buena, las condiciones excelentes y el

nombramiento muy prestigioso, pero ya no cometí el error de querer participar en esa comunidad. Viví en Nueva York, que me quedaba a poco más de una hora de distancia. Aunque ir y venir era muy pesado, era menos irritante en términos personales, sociales, incluso psicológicos... Claro que en el momento en que me invitaron a trabajar en la Universidad de Nueva York, en Stony Brook, acepté sin la menor duda. Ésa era una universidad plural, grande, mixta, inserta en el mundo “real”. Desde entonces he tenido claro que ése era el contexto académico en el que yo quería estar y me sentía cómoda. Sin embargo, debo decir que en los Estados Unidos, aun en una universidad grande, siempre fuimos pocas las mujeres en los puestos académicos y que, incluso, nuestros salarios podían ser menores que los de los hombres con el mismo rango. La igualdad de derechos ante la igualdad de responsabilidades fue una de las demandas del feminismo norteamericano en aquellos años. Todavía no se ha alcanzado plenamente la igualdad de oportunidades; ésta sigue siendo la gran lucha femenina, pero se ha avanzado bastante... Otro gran logro han sido las normas contra el hostigamiento sexual contra las mujeres. Si hubiera habido leyes como éstas en la época en que tuve que buscar departamento en Princeton, hubiera podido demandar a quienes me ofendían. Pero en esos años sólo cabía aguantarse...

Tampoco creo que fuera de los Estados Unidos el panorama sea color de rosa. Usualmente me preguntan por el mundo académico mexicano, y yo creo que también hay un machismo indudable. Es verdad, no puedo decir que aquí no haya suficientes mujeres contratadas, ni negar que las leyes laborales exigen los mismos salarios

para los mismos trabajos... Pero, por ejemplo, hay pocas mujeres en puestos administrativos de alto nivel, y no porque no haya académicas competentes. En ciertos niveles no hay igualdad de oportunidades. ¿Dónde está la rectora universitaria o la presidenta de, por ejemplo, El Colegio de México? En Estados Unidos, en cambio, actualmente hay muchas presidentas de universidades y muchísimas decanas, incluso algunas de ellas fueron compañeras mías... En el mundo académico mexicano existe también el hostigamiento sexual, aunque no se reporte, aunque se tenga poca conciencia de que sucede... Hay además una mezcla indudable de sexismo y clasismo: jefes que tratan a sus secretarías de una manera inaceptable, que debería castigarse por las propias instituciones. Cuando el machismo y el clasismo se mezclan, la situación puede ser terrible...

Usted ha tenido la oportunidad de conocer dos mundos académicos como estudiante y también como profesora, ¿cuáles diría usted que son las principales diferencias entre el sistema norteamericano y el mexicano a nivel de la educación superior?

Es cierto que ese ir y venir entre Estados Unidos y México me permitió conocer los dos mundos, así como calibrar las ventajas y desventajas, lo bueno y lo menos bueno de cada uno. El Colegio de México, que es la institución mexicana que conozco más de cerca, permite dedicar mucho tiempo a la investigación y concentrar la docencia; en Estados Unidos, en cambio, los profesores están obligados a impartir muchos cursos diversos y a diferentes niveles. Todos tienen que dar clases tanto en la licenciatura como en el posgrado (cuando lo hay), incluso los de más alto rango. A estos

últimos, en especial, se les pide participar en cursos introductorios, pues se piensa que estos profesores no sólo tienen más experiencia, más tablas, sino también más capacidad para entusiasmar a los estudiantes más jóvenes en los cursos generales.

Impartir una gran cantidad de cursos, como se exige en las universidades norteamericanas, es un reto importante. En particular, para mí, los cursos generales fueron una experiencia muy rica: me obligaron a abrirme a diversos temas, a pasar de un nivel muy especializado a uno más amplio, a hacer propuestas comparativas y a relacionar el pasado con el presente para hacer al estudiante copartícipe de la historia... En los cursos generales uno se vuelve autodidacta, pues tiene que adquirir y comunicar conocimientos que no siempre forman parte de su bagaje como especialista. Además, no resulta fácil lograr que lo que uno explica tenga sentido para jóvenes que tienen experiencias intelectuales y personales más limitadas; hay que motivarlos, entusiasmarlos, hacerlos pensar... Es una experiencia sanamente formativa para un profesor. Claro que no todos los cursos de licenciatura son generales, hay otros que inician la especialización, que exigen introducir a los alumnos en la tarea y la disciplina de la investigación... Ahora, a veces, echo de menos aquellos cursos que, inicialmente, me resultaban difíciles; extraño el diálogo con la gente muy joven que por primera vez se acerca a las aulas universitarias y a la cual uno contribuye a formar... Eso me falta en El Colegio de México, que es una institución de posgrado, sumamente especializada.

Tengo que decir que también en la enseñanza del posgrado encuentro diferencias. En Estados Unidos no siempre se abren seminarios sobre un solo tema o área

geográfica, mientras que en El Colegio de México la mayor parte de los cursos son bastante enfocados y abordan temas específicos de la historia mexicana. La ventaja del ámbito estadounidense es que los estudiantes obtienen un panorama más amplio y más diverso que luego les permite seleccionar su tema particular. Los grupos son plurales, con alumnos interesados unos en historia europea, otros en la de Estados Unidos o en la de América Latina... y eso permite reflexionar sobre un problema desde distintas ópticas, brindar visiones contrastadas, nuevas... La ventaja de los seminarios más especializados, como los que se imparten en El Colegio, es que permiten a los estudiantes partir de una base sólida para establecer diálogos a mayor profundidad y, cuando se asume el reto comparativo, el ejercicio puede hacerse más a fondo gracias a su dominio de uno de los contextos. Claro que en estos casos la amplitud de miradas es menor. Para los campos a los que yo me dedico, un grupo plural resulta especialmente interesante; además de que eso abre las posibilidades de que en los Estados Unidos algunos de los estudiantes hagan sus tesis sobre los temas y ámbitos que me son más cercanos. En México, en cambio, ninguno de mis alumnos se ha dedicado al anarquismo o a la historia social europea o comparada.

El que los estudiantes mexicanos —y latinoamericanos, en general— se especialicen tanto en el estudio de su propia historia tiene mucho que ver con la disposición y calidad de las bibliotecas, así como con las dificultades para obtener los recursos económicos que posibiliten acceder a fuentes en bibliotecas y archivos lejanos. En Estados Unidos no hay en una institución de alto nivel que no tenga profesores que cubran distintas áreas y distintos te-

mas, que no puedan asesorar bien y a fondo temas diversos en su campo general; no hay universidad de calidad que no tenga por lo menos una excelente biblioteca y que no incite o apoye con becas la investigación en áreas ajenas a la propia historia local o nacional. Estas condiciones definen dos mundos totalmente diferenciados: el de los programas de alto nivel de los países ricos y el de excelentes programas, como el de El Colegio de México, pero con pocos recursos institucionales para alentar viajes al extranjero entre sus estudiantes. Tenemos nuestras carencias y tenemos que aprender a vivir con ellas, sin por ello darnos por vencidos... Cuando vine a México sabía bien que no iba a tener las mismas condiciones materiales que en Estados Unidos y que los estudiantes no contarían con los recursos necesarios para investigar en archivos europeos; reconozco que ello limita un poco la posibilidad de que cultiven áreas ajenas a la historiografía mexicana, como también limita mi impacto o influencia en la historia que se escribe en México.

Creemos que a pesar de lo anterior, resulta palpable su influencia en el mundo académico mexicano; con su obra y a través de sus clases ha reforzado el interés por la historia social y ha señalado nuevas temáticas de investigación, además de haber coordinado grupos de trabajo y obras colectivas.

Como les decía, mis alumnos mexicanos no han centrado sus investigaciones en el ámbito europeo, supongo que pocos lo harán; pero también es cierto que en este contexto mis clases persiguen diferentes retos. Creo que los cursos más generales del doctorado deben sembrar en los estudiantes la curiosidad por leer sobre otros

países, sobre otros temas, y pienso que sí he cumplido con esta función. Esos cursos deben tener, además, un carácter formativo: aportar herramientas teóricas y metodológicas para realizar estudios en el contexto que sea. En ese sentido he tratado de acercar a los alumnos a temas, metodologías, problemas históricos e historiografía de otros países; he buscado hacerlos reflexionar sobre cómo esos u otros aspectos aledaños se pueden aplicar o no al análisis social de la historia mexicana, es decir, a conocer los modelos y a cuestionarlos. Creo que los resultados están siendo muy ricos, muy interesantes. Además he retomado la idea que apliqué en el primer seminario que impartí como visitante, en 1979, en El Colegio de México, surgida de mi propia experiencia como estudiante en esta institución, quince años antes: estimular a los alumnos para que publiquen en revistas o compilaciones serias, ayudándolos a elaborar investigaciones monográficas sólidas, que se conviertan en artículos o capítulos de obras colectivas. Mi labor en este caso es similar a la de un entrenador que hace que el atleta, el corredor corra y lo haga bien: a los estudiantes que se acercan a mis temas y enfoques los apoyo para que desarrollen sus propios intereses, pero no les impongo mis ideas; los dejo correr... Gracias a ello, alumnos míos han abierto nuevos enfoques, por ejemplo, sobre el estudio del artesanado en la ciudad de México, de las clases populares urbanas y sus movilizaciones en el siglo XIX mexicano, en la historia del pensamiento socialista, en historia social urbana y de las mujeres y la familia...

Es cierto que también he alentado a que se abran líneas en otra dirección: me he esforzado por estimular los estudios sobre intercambios poblacionales, vínculos

económicos y relaciones diplomáticas entre España y México. Los resultados han sido satisfactorios. En la actualidad se han publicado diversos libros y artículos relacionados con el tema, además de que se ha fundado en El Colegio de México un seminario permanente de historia España-México, con la presencia de investigadores y tesis provenientes de diversas instituciones mexicanas. Por lo anterior, siento que, aunque sea de forma lateral, estoy contribuyendo a la creación de nuevas corrientes historiográficas y a la introducción de nuevos temas.

También ha impulsado la creación de un seminario de historia social en El Colegio de México. ¿Podría hablarnos un poco sobre este seminario?

En efecto, desde hace un año se lleva a cabo también un seminario permanente sobre historia social de los siglos XIX y XX, que dirijo con una colega y ex alumna mía, Sonia Pérez Toledo. En él se reúnen estudiantes que están haciendo sus tesis de doctorado y profesores de distintos centros de investigación del país, que participen con sus propios estudios. Hay que decir que al seminario se han acercado sobre todo jóvenes, porque hasta ahora los temas que más nos interesan han sido poco desarrollados en México. Me refiero en particular a la historia social desde una óptica urbana, aunque está también el mundo social del campo. En México, sin embargo, el estudio de los sectores rurales se ha atendido más, posiblemente gracias al interés inicial por la revolución mexicana, pero no así el estudio del mundo social urbano.

Esta falta de tradición de una historia social urbana en México tiene que ver, en

parte, con un estereotipo muy arraigado, que la ha identificado casi exclusivamente con la historia de los movimientos y organizaciones de las clases trabajadoras. Por mucho tiempo se la ha confundido con una historia del trabajo en la industria o, incluso, únicamente con la de los movimientos obreros. Esta manera de ver la historia social ha tenido una marca ideológica muy clara; ha salido de unas izquierdas muy ideologizadas, o de sectores muy sindicalistas, y a veces se ha hecho dogma considerar que lo único digno de ser estudiado es el movimiento obrero, que, paradójicamente, tampoco ha sido suficientemente estudiado, ya que aquel que no responde a un modelo específico ha sido dejado de lado.

Parte de esa historiografía se quedó con una visión dogmática de la sociedad, presuntamente apoyada en Marx. Pero ni siquiera esto... porque, finalmente, cuando Marx planteó en el siglo XIX que las clases obreras industriales realizarían la revolución y terminarían con el capitalismo, lo que quería era destacar y analizar un aspecto de la transformación económica y social en ciertos contextos europeos de su época. Pero Marx sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Conocía muy bien el mundo europeo no industrial y, aunque no lo considerara central en su teoría sobre el capitalismo, sabía que en ese momento había diversos actores sociales, un campesinado, un artesanado que consideraba marginales en el desarrollo capitalista moderno, o ideológicamente antagónicos, como el anarquismo, pero que ahí estaban. Lo que hizo esta historiografía dogmática más reciente, en nombre del marxismo, es remitirse a visiones estrechas o simplistas, elaboradas en su momento con propósitos predominantemente políticos y no

históricos, como el leninismo o el estalinismo, y en su reduccionismo ha omitido las complejidades históricas de una sociedad y sus miembros, la lectura crítica de sus fuentes, apelando a un paradigma único.

Sin embargo, existe otra historiografía que, partiendo de la lectura crítica del marxismo, ha transformado los estudios de historia social. Hay una importante historiografía sobre temas sociales que se ha venido desarrollando desde la segunda posguerra; una historiografía que ha emprendido el estudio de nuevos actores, que representa propuestas dinámicas, antidogmáticas, analíticas..., con trabajos pioneros como los de Eric Hobsbawm, en los años cincuenta; los de E. P. Thompson, al comienzo de los sesenta; los de varios historiadores franceses e italianos, y muchos otros... No podríamos decir que éstas sean propuestas recientes —llevan ya 40 o 50 años en el foro académico—, pero en México ha habido una especie de atrincheramiento, de rigidez, que por muchos años impidió que se enseñaran y aplicaran de manera sistemática: para unos eran demasiados heterodoxos y para otros subversivos. Pero parece que ahora esta barrera tiende a desaparecer y que la historiografía mexicana se abre ya a los nuevos estudios de historia social que surgen en diversos países y en distintos idiomas. Esto refleja también un mayor “cosmopolitismo” historiográfico entre los investigadores jóvenes, y quiero creer que mis alumnos se encuentran entre ellos.

¿Cuáles son los temas de historia social que están atrayendo la atención de los jóvenes historiadores, de sus estudiantes por ejemplo? ¿Y cuáles son los que demandarían una atención especial?

Uno de los temas que ha despertado el interés de mis estudiantes ha sido el relacionado con el mundo urbano y el mundo social del trabajo, en sus distintos aspectos. Como dije antes, la historia social urbana en México se había orientado al estudio de los trabajadores industriales y, más aún, del movimiento obrero y su vinculación con ciertas ideologías. Ahora hemos avanzado en el estudio del trabajo fuera de la fábrica, al margen de organizaciones políticas formales, en los talleres o en la calle... Mis alumnos han estado lanzándose a investigar sobre los artesanos libres, las mujeres en los servicios, los vendedores callejeros, los niños trabajadores... y, en general, sobre las clases asalariadas de la ciudad durante el siglo XIX y comienzos del XX. También han emprendido estudios para entender cómo era su vida cotidiana, su cultura, su conciencia social, su relación con la política... Se han interesado por un mundo poco mirado hasta ahora y han examinado sus lugares de reunión, los espacios generalmente acotados en que van forjando sus sociabilidades y solidaridades, sus conflictos con la autoridad, su identidad individual y colectiva... Otros están estudiando la cultura de estas clases: el esparcimiento, las diversiones, el género chico, las tandas..., es decir, el mundo donde se va produciendo una cultura que, si bien se vincula con la alta cultura, también emana desde abajo y crea y recrea ideas, mentalidades, imaginarios...

Desde luego que falta mucho por hacer... En el estudio del mundo urbano y del trabajo los temas apenas están empezando a surgir. Por ejemplo, sabemos muy poco de las mujeres dentro y fuera de la fábrica y el taller, en el trabajo informal, o en sus viviendas y en las calles... Hay un interés creciente en México por los estu-

dios de género pero, a veces, éstos teorizan más de lo que analizan; muchos sólo traducen los discursos metodológicos y teóricos que llegan del exterior, en lugar de aplicar las nuevas propuestas historiográficas a las realidades particulares del país. Otro de los sectores sociales que conforman una ciudad y que no ha tenido la atención que requiere es el indígena. Los grupos étnicos son rostros invisibles en la sociedad mexicana, personajes que nos pasan de lado, que no vemos, oímos ni conocemos... Asumimos que la sociedad urbana es mestiza y castellanizada, cuando basta ver las ciudades de hoy en México para suponer, con mayor razón, que en el pasado los indígenas estaban muy presentes. ¿Cómo estudiar el mundo urbano, ignorando a las mujeres y hombres indígenas que lo han poblado, trabajando en él? Hasta aquí he hablado de los temas que me interesan a mí en lo personal, pero la historia social tiene que abarcar a todos los grupos que componen a una sociedad: ¿se puede entender a los trabajadores sin conocer la relación recíproca con otros sectores del mundo en el que éstos se mueven? ¿Cómo hacerlo sin saber cómo funcionan las elites, las burocracias...? Tenemos que conocer a los grupos poderosos: quiénes son desde el punto de vista social, cuál es su cultura, sus valores, incluso, su cultura política... Pero también sus relaciones con y conflictos frente a otros. A mí me gustaría saber, por ejemplo, cómo eran las fuerzas policiales, del orden, en el Distrito Federal; cómo se fueron formando caciquismos y clientelismos políticos con bases sociales diversas; cuáles eran los mecanismos de dominación e integración social; cuáles los de resistencia y confrontación; por qué en la ciudad de México en el siglo XIX, por ejemplo, no

se producen los sacudimientos sociales tan convulsivos como los que vemos en otras grandes capitales... Queda muchísimo por hacer y mucho más por explicar. Sabemos todavía muy poco de los hombres, mujeres y niños que conformaban a la sociedad mexicana en todas sus manifestaciones. Creo que ésta es una asignatura pendiente para la historiografía de los siglos XIX y XX.

Hace poco más de un año apareció un amplio artículo suyo en Historia Mexicana –en coautoría con Carlos Illades– con el que tiende un lazo entre el anarquismo europeo y algunos movimientos sociales del México de fines del siglo XIX. ¿Considera que vínculos como éstos pueden constituir una nueva veta para los estudios de historia social en México?

No, creo que no. En mi quehacer como historiadora de los movimientos internacionalistas del siglo XIX me he encontrado, desde luego, con actores no europeos. Hago referencia a ellos en mis propios estudios: he encontrado vínculos con movimientos marxistas o anarquistas en el Río de la Plata, en los Estados Unidos, en el Caribe y, de vez en cuando, en México. Pero yo diría que los vínculos con México son los más esporádicos. Los procesos de desarrollo y formación de una clase obrera socialista y eventualmente internacionalista no se producen en sincronía en Europa y en México. En el México del primer porfiriato –que sería el periodo que correspondería a este proceso en Europa, Sudamérica y Cuba– el desarrollo de una clase obrera socialista se produjo un poco a redrotiempo, es decir, más lentamente y más tarde que en esos lugares; sólo excepcionalmente se han dado fenómenos casi simultáneos y se han establecido paralelismos y vínculos comprobables... Desde

luego que, cuando esto sucede, resulta interesante estudiarlo y verlo desde el punto de vista de los dos países. Éste ha sido el caso del artículo que he publicado con Carlos Illades sobre las relaciones del internacionalismo anarquista europeo con el mexicano.

De alguna manera, el tema de este artículo es el que había adelantado muchos años atrás, en aquel congreso de 1977, en Pátzcuaro, del que les hablaba, donde propuse, justamente, éste como un tema en busca de historiador. Y finalmente encontré al historiador que podía estudiar el lado mexicano: un colega, que fue mi alumno en El Colegio, cuyos intereses por los socialismos y por las clases sociales en el siglo XIX permitieron una colaboración estrecha que resultó en ese artículo. Para mí esto ha sido un gozo: es el desiderátum de todo investigador poder colaborar de cerca con otros colegas y, más gozoso aún, si esos colegas han sido sus alumnos... Pero haber dado con uno de esos momentos, con uno de esos entrecruzamientos que permiten generar una visión desde dos facetas, no es común; haber podido hacer un trabajo como éste es más la excepción que la regla. Por eso creo que en este tema en concreto –es decir, en los vínculos entre el anarquismo europeo y el mexicano– no hay una gran veta para estudios de historia social; si acaso, sólo para unas notas al pie.

Al margen de los movimientos internacionalistas, habría que decir que no es fácil realizar trabajos de colaboración con otros colegas, en el sentido de tomar un tema y verlo desde ángulos diversos. No lo es porque nuestras propias investigaciones son acotadas y pocas veces nos llevan por los mismos caminos; nuestros resultados sobre un contexto específico rara vez se cruzan con los obtenidos para otro lu-

gar. De manera que el trabajo que pudimos realizar Carlos Illades y yo, en el que no sólo sumamos esfuerzos, sino que compartimos campos, fue el resultado más de una casualidad que de una constante. Hay casualidades históricas y hay casualidades historiográficas, y en este caso se dieron las dos juntas.

Muchos de sus estudiantes han realizado investigaciones de historia social y, como nos decía hace rato, otros más se han acercado a otro de sus temas de trabajo: las migraciones y los exilios. ¿Hay algunos que hayan emprendido estudios en que se hayan conjuntado ambos intereses?

En efecto, un curioso resultado de mis dobles intereses —la historia social y la historia de las migraciones— es que éstos se han llegado a combinar en los proyectos de algunos alumnos. He dirigido varias tesis y alentado muchos proyectos e investigaciones relacionados con estos temas. En estos momentos, por ejemplo, estoy dirigiendo a una estudiante que ha concretado una propuesta muy específica, en la que se vincula lo migratorio con lo social: está trabajando los sectores económica y socialmente marginados de la inmigración española en México, aquellos que fracasaron en sus aspiraciones como inmigrantes. Estudia a los españoles que no lograron “hacer la América”, es decir, a aquellos que no pudieron adquirir riqueza ni otro estatus social en el nuevo país. Es un tema sensacional... Para mi sorpresa y mi alegría, ha encontrado un material que hasta ahora nadie había mirado; lazándose a fuentes poco exploradas ha dado con documentos como las cartas de repatriación del Consulado español en México. Hace años compilé un libro que se llamaba *Una inmigración privilegiada*, en donde se mos-

traba cómo los inmigrantes españoles en México se insertaban muy sólidamente en el mundo empresarial y del trabajo muy calificado; lo que está encontrando esta joven es justamente la otra cara de la moneda: ya no la “inmigración privilegiada”, sino la “inmigración fracasada”. Para mí es muy gozoso ver una investigación con este tema en el que convergen lo social y lo hispano-mexicano, y que corrige el sesgo que yo misma di en estudios previos.

Quisiéramos conversar ahora un poco sobre su labor como investigadora, ¿podría hablarnos sobre su oficio de historiadora, sobre su forma personal de trabajar? ¿Cómo se acerca a sus temas y organiza su trabajo?

Siempre es un poco difícil hablar de la forma personal de trabajar, de la forma de acercarse uno a sus temas... Lo que puedo decir es que a esta altura de mi vida ya me he acercado a mis temas. Sería muy raro para mí ponerme a buscar ahora otros, cuando ya estoy llegando al ocaso de mi vida y los tiempos se me acortan, cuando sé que han quedado atrás muchas cosas que hubiera querido hacer y no he hecho... Mis temas ya los tengo y lo que quiero es evitar dejar demasiadas cosas en el cajón de la vida.

Los temas originales los fui desarrollando en el transcurso de mi juventud y madurez temprana: de un lado, el de España y México, emigración y exilio; del otro, mis temas fundamentales, de siempre, sobre los movimientos sociales españoles y europeos y del anarquismo durante la Primera Internacional. De momento he cerrado un capítulo en la investigación hispano-mexicana y estoy nuevamente sumergida en el estudio del internacionalismo, pero ahora en la clandestinidad, en

la Europa mediterránea, en los años de 1870-1880. Vuelvo a mis temas para ampliar ese conocimiento desde otras perspectivas y de otra manera, no para reelaborar lo mismo; tengo interés en abordar de modos distintos lo que trabajé cuando era joven, es decir, retomo temas viejos con preguntas nuevas.

¿Y cómo trabajo? Supongo que esto sucede más o menos así: teniendo en cuenta mis preocupaciones principales y lo que sé, me propongo desarrollar un tema concreto, un tema que me gusta e interesa, al que de manera consciente o inconsciente he venido dándole vueltas... Luego voy pensando y realizando la investigación como en partes: en un principio no concibo una obra en forma global, sino que voy trabajándola a partir de artículos cortos en los que realizo los primeros planteamientos sobre un tema preciso. Con el tiempo los artículos se van sumando y a la vez van descansando. Cuando creo que ya tengo un corpus coherente, los reviso, rehago e integro, hasta que veo con claridad una obra más amplia y compleja. Digamos que mi trabajo se va realizando como en círculos concéntricos, y que a partir de cada círculo que desarrolló voy abriendo otro y luego otro... pero sin abrir nunca más de uno a la vez. Siempre digo de mí misma que soy un poco como el personaje de ese chiste sobre el presidente Ford, que no puedo caminar y mascar chicle al mismo tiempo porque me caigo. Yo sólo puedo hacer una investigación a la vez, si intento hacer más de una me tropezó, me caigo... Me sintonizo en una sola frecuencia y no puedo cambiarla hasta sentir que he concluido.

Realizo el trabajo aparentemente sin un plan ni esquema previo. Tampoco soy de las personas que dicen: "me siento en

mi escritorio a tal hora, me levanto a tal otra para comer y vuelvo a mi escritorio de nuevo a una hora fija". No tengo esa rutina, esa forma de "disciplina". Desde luego que me siento a revisar documentos y leo cosas aleatorias, anexos..., pero en ocasiones parecería más bien que doy vueltas sin hacer algo preciso. Sin embargo, aunque no esté sentada escribiendo, estoy pensando el trabajo, le estoy dando vueltas mentalmente, a veces incluso de manera poco consciente... Y en un momento dado tengo la necesidad de ponerme a escribir, porque mentalmente, de alguna manera, ya tengo el trabajo resuelto *in extenso*. Entonces me siento y redacto de corrido, aunque luego revise una y otra vez. De esta manera, la concreción de la investigación se hace de un modo muy inusual, casi inesperado y para mí muy difícil de verbalizar.

Ésta es una forma aparentemente poco sistemática de trabajar, sin un estilo secuencial y estructurado, conscientemente definido, y no se la recomiendo a nadie. Es más, no solamente no la recomiendo, sino que, como profesora, exijo orden y organización a mis estudiantes. Les pido primero un proyecto y luego avances, un primer capítulo y un segundo... Creo que se los exijo así porque yo sufro mucho con mi forma de trabajar, es una forma que me crea tensión, angustia, inseguridad... Tengo primero esa larga sensación de estar en blanco y luego, de repente, me siento y escribo *in toto*..., es un acto que me parece mágico. Esto es algo que no puedo comunicar, que supera mi racionalidad y, repito, que no recomiendo.

Para cerrar esta entrevista queremos preguntarle ¿cuáles considera usted que son los libros fundamentales de nuestra época?

No sé si es posible afirmar que hay libros fundamentales en esta o en ninguna otra época. Creo que los libros fundamentales los va haciendo cada uno. Obras que han sido muy importantes para mí, no necesariamente lo han sido para colegas míos de mi propia generación. Además, nuestro mundo es multigeográfico y cada geografía tiene sus libros, sus fundamentos, su cultura... De modo que no podría contestar a su pregunta sino a partir de una generalización de mi propia experiencia.

En cuanto a los libros que han sido importantes para mí, pues son muchos y muy variados, comenzando desde muy pequeña con los de literatura. Luego, en el *college* en el que estudié, lo mismo tuve que leer, por ejemplo, el *Eclesiastés* o el *Libro de Job* que a Dante y a Joyce, a Homero que a Herodoto; ahí leí desde Alexis de Tocqueville hasta Max Weber, Freud, Marx, Lenin... Y no puedo decir que uno de ellos haya sido más fundamental que otro para mí. Me parece que lo que va formando a las personas es más bien una suma de esencias... Tampoco creo que las obras que orientaron mi manera de hacer historia hayan sido necesariamente mis primeras lecturas universitarias. Digo esto porque yo llegué tarde a la historia social: estudié en un *college* en donde el énfasis estaba puesto en la historia política e intelectual, en la historia cultural y de las ideas...

Pero la historia social no la descubrí hasta más tarde, en la maestría del Colegio de México, precisamente en el curso que impartió aquel profesor francés sobre historia de Rusia. Es decir, que no fue sino hasta los años sesenta cuando leí autores que fueron fundamentales para mí, como Eric Hobsbawm, George Rudé, Albert Soboul, Franco Venturi, E. P. Thomp-

son..., claro que sus libros eran entonces relativamente recientes.

Por otro lado, también he mantenido siempre un interés y una pasión por la literatura. Creo, además, que es uno de los instrumentos más importantes del historiador: puede ser útil como fuente literaria u objeto de análisis desde la historia; pero también es un manantial estilístico, un medio para aprender a expresarse, pues el historiador no debe únicamente preocuparse por el contenido, sino también por la forma de su escritura. Estoy convencida —con Wittgenstein— de que sólo las ideas claras se expresan con claridad; pero, además, de que el lenguaje claro también puede y debe ser un lenguaje elegante. Por esto, de vez en cuando, publico algún artículo que tiene que ver con temas literarios e, incluso, escribo poesía...

En fin, las obras que han ejercido una influencia en mi trabajo han sido múltiples y siguen siéndolo. Creo que lo verdaderamente fundamental es ser, desde joven, voraz en la lectura para dar con los textos importantes que luego sirven de ejemplo para la propia investigación. Cuando uno es muy joven, mucho del conocimiento y de las sugerencias de lectura vienen por los parientes, los amigos y por los maestros; pero a partir de cierto momento se tiene que ser autodidacta. Por ejemplo, ahora leo mirando mucho las notas al pie y las bibliografías al final de un libro: leo el libro por el libro mismo, pero también porque ese libro me llevará a otros, y éstos a otros más... La propia lectura va creando así una cadena multiplicadora y de esa manera se van encontrando nuevos libros que son importantes para uno.

Quiero decir también que la sensibilidad de un historiador y su interés por cier-

tos temas tiene que ver con muchas cosas, no sólo con los libros que le son fundamentales. En mi caso particular, mi inclinación por los temas sociales seguramente tiene que ver, ante todo, con cuestiones políticas y con el mundo del que yo provenía. Mi infancia está marcada por el éxodo de mis padres de la Argentina por razones

políticas; mi regreso a la Argentina está marcado por la revolución contra Perón, por días como aquel en que a los trece años me tocó ver, desde mi colegio, cómo bombardeaban la ciudad dejando muertos en las calles... Ésas son experiencias que forman una sensibilidad, una conciencia muy personal, más allá de los libros.